

Martín Letona

Un viaje entre líneas

The University of Texas at El Paso, EE.UU.

sarnahuixtli@hotmail.com

Hace más de 300 años, el poeta japonés Matsuo Basho¹ escribió: “Todos los días son viaje y la casa misma es viaje.” Esta frase resume en pocas palabras una filosofía de vida que en menor o mayor medida ha servido al ser humano para buscar su propio destino. Fue el mexicano Octavio Paz, con ayuda del japonés Eikichi Hayashida, que hizo posible un acercamiento más profundo hacia este pensar oriental a nuestras tierras, que pese a la distancia y a las diferencias culturales, supo reconocer las coincidencias del quehacer literario de ambos mundos. Paz, parafraseando a Basho, dice: “la literatura es también y sobre todo experiencia interior; intensa búsqueda [...]” Yo también, cuando decidí convertirme en escritor adopté este pensamiento como una guía de aprendizaje, un viaje espiritual, digamos, con el cuál alimentar mi alma y mi curiosidad intelectual.

Pero, mi búsqueda no tomó el sentido que yo anhelaba hasta que me escribí un tímido correo electrónico pidiendo auxilio a la Casa del Escritor, que por ese entonces aún funcionaba de forma regular los fines de semana.

“Nada más hay que llegar los domingos a las tres de la tarde, con cosas escritas o algún

¹ Octavio Paz y Eikichi Hayashiya realizaron la traducción de *Oku no Hoshomichi*, titulado en español *Sendas de Oku*. El libro es un trabajo de artesano en el que se analiza la obra de Matsuo Basho (1644-1694), uno de los considerados cuatro padres del haiku gracias a la creación del haibun, género en el que un texto en prosa se rodea de un grupo de haikú. Paz y Hayashiya recrean y se encargan de traducir el diario de viajes que Basho, junto con su discípulo Sora, dan cuenta de las travesías que el poeta realizó por la región septentrional de Japón. En ese breve cuaderno el lector se encuentra con poemas colectivos, llamados haikai no renga, enriquecidos por los poetas locales y mezclados con la reflexión, el humor, la melancolía y la contemplación.

proyecto en marcha. La participación es gratuita. Saludos, Rafael”, me escribió el entonces director de “La Casa” el 29 de marzo de 2009. Desde ese momento y hasta los días previos a mi partida hacia el extranjero –en agosto de 2010–, a estudiar una Maestría en Escritura Creativa, Rafael Menjívar Ochoa y una docena de escritores jóvenes, pude establecer un punto de partida en mi camino. En otras palabras, inicié el viaje que da sentido a mi oficio.

Como apunta Jytte Michelsen en su libro de análisis literario *Ricardo Güiraldes: un poeta del viaje*² (Madrid: Editorial Verbum, 2005), haciendo una revisión de los motivos del viajero que hemos conocido en textos literarios como la Iliada o las fabulas medievales, el héroe va en busca de sí mismo: “Su viaje [...] es un viaje individualizador, un viaje que define a la persona que lo emprende no como miembro de un grupo, sino como individuo, como ser autónomo.” (15). El fin último de los viajes que he emprendido van cargados de una intensa búsqueda, posiblemente de la voz que me defina como narrador o quizá de un tema que dé forma a mi obra.

Como escritor siempre he creído que una persona alimenta su obra de los espacios y las sociedades con las que entra en contacto. Viajar alimenta esa veta de conocimiento. Viajar nos da la oportunidad de conocer lo que hay fuera de nosotros y lo que nos da el impulso para vivir. Viajar implica siempre un redescubrimiento, a veces de lo nuevo, a veces de lo viejo. Y con cada viaje ganamos o perdemos cosas. Encontrarme en esa casa de Los Planes de Renderos y compartir con otros jóvenes las inquietudes que teníamos en común sin importar que fuéramos famosos como Rafa o desconocidos como yo, tuve la oportunidad de redescubrir el impulso que me anima a vivir.

Pienso que cada uno de nosotros es una especie de maleta en donde vamos colocando todo aquello que nos es útil en nuestros viajes y lo que no, se queda atrás. Algunas cosas las extrañaremos, otras desearemos no haberlas traído con nosotros. Tal vez se dé el caso de que olvidamos algo importante o que algo que conocimos nos hizo recordar el valor de un objeto que

² Michelsen analiza la influencia del acto de viajar en la obra literaria de este autor argentino, que realizó su primer viaje –en compañía de sus padres– a la edad de un año. Para ella, los continuos viajes de Ricardo Güiraldes (1886-1927) –a quien nombra como practicante de la disciplina del desplazamiento– le proporcionaron “el conocimiento [...] y la memoria [...]” que luego le ayudarían a “elucidar la proyección del viaje en la textualización de su ciclo narrativo” (23).

antes poseímos. Tal vez se dé el caso en que vaciemos por completo la maleta y la llenemos de nuevas cosas. Tal vez. No puedo asegurar de que no hallan rastros de vidas pasadas.

Como Basho, Ricardo Güiraldes también solía hacer anotaciones de lo que veía mientras viajaba. Sus anotaciones se hacían evidentes en poemas, cartas, ensayos, artículos ... El poeta captaba la esencia de la realidad que percibía en sus viajes y luego construía textos como el que acompaña este documento. Así, Güiraldes dio vida a *Don Segundo Sombra* y a *Xaimaca*, dos de sus obras más reconocidas como narrador.

Hago estas toscas referencias sobre la obra del autor argentino puesto que en sus textos encuentro las palabras de un viajero al que la constante movilidad le revuelve la estabilidad de lo cotidiano y en lugar de intimidarlo, lo inspira. La soledad, la incomunicación, el retraimiento, el ostracismo, el eterno andar ... son algunos de los temas que el autor retoma del camino, de sus viajes, para escribir libros como *Poemas solitarios* (1970), un texto en el que el autor hace referencia constante al círculo eterno de las llegadas y las partidas, la derrota que implica detenerse en un punto y la victoria de volver a andar el camino.

Poco antes de volver al país, tras un año en el extranjero, me entero de la muerte de quien yo considero uno de mis dos grandes mentores en este calvario literario. El otro, don Francisco Andrés Escobar se le había adelantado hacía meses.

Es curioso como este tipo de eventos nos hace volver los ojos hacia las maletas y nos obliga a revisar el equipaje que tenemos con nosotros en este punto del viaje. Solo en el momento de su muerte me di cuenta que a Rafa nunca le conocí libros, solo familia, pláticas, pensamientos, gustos musicales, blogs y uno que otro sesgo ideológico.

En mi primer semana en el país fui corriendo a las librerías a cazar algo sobre él. Conseguí –no sin muchos disgustos con las librerías locales– *Un mundo en el que el cielo cae y cae* y *Trece*. Debo decir que lamento no haber sido tan seguidor del mito como lo fui del hombre tras bambalinas. Y es que así era Rafa, no necesitaba demostrar nada ante nadie y vos le creías sin tantas dudas. Yo nunca sentí la necesidad de pedirle explicaciones sobre cómo debía ser un escritor.

“Escribir puede ser menos emocionante que todo lo demás”, dice el narrador en primera persona de *Trece*, novela que Rafael Menjívar Ochoa, publica en 2003 a través del Instituto Mexiquense de la Cultura. Puede ser cierto eso de que es menos emocionante —me lo han dicho decenas de veces aquellas personas que odian leer y que ven a este oficio como un entretenimiento mas no como una profesión—, pero no me importa.

Es curioso, que contraríe al narrador, pero si algo aprendí de Rafael es que antes de pedirle al mundo que vea mi trabajo con seriedad, yo debo trabajar mis textos con profesionalismo, con ética, si se quiere. Y aquí debo señalar que Rafeal nunca habló de la poética del autor frente a sus textos y menos me habló de la técnica narrativa, ni de la importancia de la gramática o la pureza del idioma.

Una vez le leí un texto sobre un hombre que era contratado por la policía para morir las veces que fuese necesario y así bajar el índice de homicidios en el país. Ese es un cuento que sigue a medias desde esa lectura. Para ese momento, al finalizar la lectura, me dijo: “es un texto muy tuyo”. No lo dijo en tono de burla, más bien fue reconociendo la voz que busco mostrar a mis lectores con mis narraciones. Ese simple gesto de reconocimiento —por muy mal escrito que estuviera un texto, por muy infantil que fuera el tema presentado— siempre fue uno de los más agradecidos.

Rafael sostenía que no solo debíamos decir que eramos escritores, sino admitirnos y sentirnos como tales ante los demás. Y un primer paso de ese autoreconocimiento fue descubrir, domar la voz. Esa que te serviría para escribir el libro que te gustaría leer. Lo que él quería darnos a entender es que nadie va a contar las historias que nosotros tenemos en nuestra cabeza y en nuestra experiencia de vida, por mucho que hayamos sido expuestos a las mismas musas con otros. Solo hay que ver cuántas novelas se han escrito, cuántos cuentos resulta memorables y cuántos poemas se convierten entrañables. Pero solo unos pocos logran perdurar en el tiempo, los que han logrado desarrollar su voz.

Aprender estas cosas de Rafael fue fácil. Nada más hacía falta una botella de Coca Cola y una bolsa llena de pan dulce. Sobre la mesa, o en el jardín de la Casa de Salarrué, se daba vida a

discusiones, pláticas ... el anecdotario de los presentes. Muchas veces eran discusiones vanas; otras tantas, buscábamos hacer catarsis sobre los temas que nos aquejaban en ese momento, ya fuesen estos personales o nacionales. Cigarro en labios, Rafael soltaba su olfato, intuición y nos la entregaba en forma de pistas. Quería que quién así lo deseara aprendiera a desarrollar su propio sentido del gusto ya fuera prestándo libros, películas o simplemente dando recomendaciones sobre cómo ser un escritor. A veces, hasta parecía chamán de tanta receta que daba.

Recuerdo que él era un fanático de la escritura y de la narrativa. Mantenía al aire dos blogs, a uno lo cuidaba más que al otro. Pero siempre estaba escribiendo no solo en papel, en la red, sino con música –su propia música salida de un sintetizador y un programa de edición, música rara, experimental, como él–, con videos, con traducciones, con lecturas, con pláticas ... Esa hambre de contar, para el que quiera conocer el *alter ego* de este hombre de gafas profundas y ojeras brillantes, pervive en sus libros de cuentos o de novelas. Ahora, las enseñanzas de este guardían de los Salazar Arrué yace en su obra, simplemente esperando a que un nuevo incauto le solicite socorro literario como yo lo hice hace un par de años atrás. El secreto ahora será aprender a leer a Rafa entre líneas.